

Polimorfismo dialectal en el Atlas Lingüístico de México (ALMex)

Juan M. Lope Blanch

Instituto de Investigaciones Filológicas - U.N.A.M.

Cuando, en 1965, concebí la idea de iniciar investigaciones sistemáticas a lo largo y a lo ancho de toda la República Mexicana con el propósito de reunir la información lingüística necesaria para delimitar las zonas dialectales del país¹ de manera más rigurosa y científica que la intuitiva seguida por Pedro Henríquez Ureña², tenía ya dos convicciones, dos ideas firmes, una sobre el intenso polimorfismo del habla viva, y otra sobre la relativa inseguridad de algunas de las informaciones fonéticas recogidas mediante la aplicación de un cuestionario. La existencia del polimorfismo lingüístico en todo dialecto obligaba, en mi opinión, a servirse de una pluralidad de informantes en cada población donde se hicieran las encuestas; la deseada espontaneidad en la expresión aconsejaba, por otro lado, hacer grabaciones magnetofónicas de conversaciones informales sostenidas con el informante. Estas dos precauciones metodológicas normaron nuestro trabajo a lo largo de los doce años, aproximadamente, que exigió el cumplimiento de las encuestas en las 193 poblaciones visitadas por los investigadores³. Y creo sinceramente que ambas precauciones resultaron ser sumamente atinadas y convenientes. Gracias a ellas, nuestro **Atlas** refleja el intenso polimorfismo del habla, la variedad sorprendente de la lengua viva, de manera más fiel y pormenorizada que los atlas lingüísticos tradicionales.

Estando este congreso dedicado al *uso* de la lengua, me ha parecido oportuno dedicar mi modesta intervención al polimorfismo de las hablas mexicanas, el cual es efecto de su diverso empleo, de su *uso*, en las diferentes regiones del país. De su **uso**, digo. Sólo las lenguas llamadas *muertas* no se usan realmente; por ello no cambian. El cambio lingüístico es consecuencia del **uso**, de la vida misma de cada

1 Cf. "Las zonas dialectales de México", en Nueva Revista de Filología Hispánica, XIX (1970), pp. 1-11,

2 Cf. sus "Observaciones sobre el español en América", Revista de Filología Española, VIII (1921), pp. 357-390.

3 Los coautores del Atlas fueron cinco: Antonio Alcalá Alba (+), Gustavo Cantero Sandoval, Juan López Chávez, Antonio Millán Orozco y José G. Moreno de Alba. Colaboraron ocasionalmente tres investigadores más: Raúl Avila, Josefina García Fajardo y Glenn Gardner.

idioma. Por eso el cambio es factor constitutivo, **interno**, de toda lengua viva, contrariamente a lo que decía Ferdinand de Saussure, según ha demostrado Eugenio Coseriu⁴. Ahora bien, el cambio lingüístico es un fenómeno de larga duración, un **proceso** lento, a veces multiseccular, como ha explicado don Ramón Menéndez Pidal tan convincentemente⁵. Teniendo en cuenta esos dos hechos irrefutables — la inevitable mutabilidad de todo idioma y la enorme duración del cambio lingüístico— llegaremos a la conclusión de que toda lengua viva tendrá que ser necesariamente polimórfica, en mayor o menor grado, según las circunstancias históricas, sociales y culturales de cada etapa de su vida; pero será inevitablemente polimórfica. Y ello porque en el proceso del cambio lingüístico tiene que haber una etapa de polimorfismo **puro**, esto es, de “realizaciones indiferentes”⁶.

Quizá no sea del todo inoportuno recordar aquí que por polimorfismo debe entenderse la concurrencia de dos o más formas lingüísticas capaces de desempeñar indistintamente la misma función. Así, los diversos alófonos del fonema vibrante simple /r/ en el español mexicano, que pueden alternar libremente, en posición final de palabra, en la voz de muchos mexicanos, en casos como “voy a salir”, donde la /r/ de la última palabra puede realizarse como vibrante oclusiva normal [salir]; o como fricativa [salíj]; o como asibilada sonora breve [salir] o larga [salir]; o como asibilada sorda, también breve [salir] o larga [salíf], todo sin que el hablante tenga consciencia de ello, cosa que define al verdadero polimorfismo lingüístico, al que J. Allières considera polimorfismo puro. Porque si la alternancia de formas está condicionada por factores extralingüísticos, por factores **históricos** (entendiendo por tal todo lo que sea extrasistemático), ya no se puede hablar de polimorfismo puro, sino de variantes condicionadas; así, el uso de **tú** o de **usted** — pronombres ambos de segunda persona singular— está condicionado por las relaciones sociales existentes entre los interlocutores.

Claro está que el polimorfismo dialectal —que es del que quiero hablar aquí— incluye casos de polimorfismo individual y de polimorfismo colectivo, de polimorfismo libre y de polimorfismo condicionado. Que todo dialecto, toda habla regional o local, es un pequeño universo histórico-lingüístico, universo en que, como antes apuntaba, el polimorfismo es situación natural y necesaria, dado que toda lengua hablada cambia inevitablemente y dado que el cambio lingüístico suele ser un proceso lento, multiseccular. Un ejemplo —del español mexicano— como muestra: Para que la construcción castellana normal “**se lo dije** (a ustedes)” haya

4 Cf. su **Diacronia, sincronía e historia: El problema del cambio lingüístico**, Montevideo, 1958, especialmente pp. 153- 154 y 160.

5 Cf. sus **Orígenes del español**, 3a. ed., Madrid, 1950, 112.

6 Cf. a este respecto. Jacques Allières. “Un exemple de polymorphisme phonétique: le polymorphisme de l' -s implosive en gascon garonnais”. **Via Domitia**, I (1954), pp. 70-103.

podido ser sustituida en el español mexicano actual por la construcción “se los dije” — nacida a impulsos de un afán de señalar la pluralidad del complemento indirecto, imposible de ser expresada por la forma pronominal invariable **se** — tiene que haber existido una época en que la construcción innovadora **se los** coexistiera con la normal preexistente **se lo**, y adquiriera igual validez, igual dignidad que aquélla, hasta que poco a poco fuera imponiéndose a ella al grado de llegar a desplazarla **casi** por completo⁷. Pues bien, esa etapa de necesaria convivencia de la dos formas, la preexistente y la innovadora, es etapa de claro polimorfismo en lo que a esa cuestión sintáctica se refiere.

En el **ALMex** hemos reunido abundantes y notabilísimas muestras de intenso polimorfismo de las hablas mexicanas. Del polimorfismo individual y del polimorfismo colectivo, dialectal, que es el que corresponde estudiar, ante todo, a la geografía lingüística. Nuestro recurso metodológico de entrevistar en cada población a un mínimo de siete informantes, así como nuestra precaución de hacer al menos cuatro grabaciones magnetofónicas de las entrevistas realizadas en cada localidad, nos ha proporcionado un caudal de información casi oceánico... Como trataré de mostrar a ustedes con algunos ejemplos de diversa naturaleza.

En primer lugar, de carácter fonético. Tomo, al azar, los datos obtenidos en la localidad 13 (Villahermosa, Tabasco) dentro del Mapa 50, dedicado a la palabra **huarache**. Son los siguientes:

Informante 1 = [gwará̃sɔs], con oclusión velar inicial [g], con vibrante oclusiva [r], con **a** tónica palatalizada [ã] y con terminación **-o**; Inf. 2 = [gwará̃so], con **a** tónica media, no palatalizada; Inf. 3 = [gwará̃se], con elemento consonántico inicial muy débil [g], con vibrante fricativa [ɹ] y con **-e** final muy cerrada [e̞]; e Inf. 4 = [gwará̃sɛs], con reforzamiento consonántico inicial de la semiconsonante velar [gw], con vibrante fricativa [ɹ] y con vocal final cerrada y muy debilitada [v̞]. Cuatro informantes, cuatro realizaciones en buena parte divergentes. Y ello sin contar las variantes léxicas del concepto ‘huarache’ que hemos encontrado en otras localidades: **alpargata** en Yucatán, **caste** en Campeche, **tehua** en Baja California, etc.

Pero casos como el anterior, de polimorfismo dentro de una palabra aislada, recogida como respuesta a una pregunta del **Cuestionario**, no son nada en comparación con el polimorfismo que revelan los mapas que he denominado **sintéticos**, en los cuales hemos recogido toda la información sobre diversos fonemas reunida en las grabaciones magnetofónicas de las conversaciones espontáneas sostenidas por el encuestador con cada uno de los informantes ⁸. Uno

7 Digo **casi** porque tengo documentados empleos canónicos, normales, en mexicanos cultos de nuestros días.

8 No dispongo aquí del tiempo necesario para explicarles los pormenores metodológicos del **ALMex**. Pueden verse en la “Introducción” que puse al frente del primer volumen del **Atlas**, recientemente publicado por el Colegio de México: pie de imprenta, 1990, pero, en realidad, junio de 1991.

de los casos —de los mapas— en que con mayor claridad se puede apreciar el alto grado de polimorfismo de ciertas hablas mexicanas es el de la /s/ final de palabra seguida de vocal inicial de palabra contigua (Mapa 28) en casos como “dos amigos”.

El número de variantes es tal, que no fue posible acomodarlas dentro de los límites geográficos del mapa, y tuvimos que hacer navegar la información correspondiente a muchas localidades ora en el Golfo de México, ora en el Océano Pacífico. Tomo, también al azar, la reunida en una sola localidad, la no. 12 (Frontera, Tabasco) y encuentro en ella ocho diferentes realizaciones: la más común —en un 40% de los casos aproximadamente— es una aspirada sumamente débil [h] (do^hamigo); sigue en importancia proporcional (20%) una aspiración más clara, más plena [h] dohamigo-); en tercer y cuarto lugares, con un índice de frecuencia menor (10%) en ambos casos, la eliminación total del fonema [Ø] (doamigo-) y, por el extremo opuesto, la conservación de la /s/ (dosamigo-); a todo lo cual hay que añadir otras cuatro variantes, de incidencia aún menor (aproximadamente del 5% cada una), que son: Una sibilante coronalveolar plana sorda [ʃ̺], otra ápicodental plana también sorda [ʃ̺], otra sibilante muy débil y sonorizada [ʃ̺̃] y, por último, una predorsodental convexa [ʃ̺̃].

Claro está que no todos los fonemas del sistema fonológico español presentan esta inquietante situación polimórfica. Algunos, como el labial nasal /m/ o el dental oclusivo sordo /t/, por ejemplo, se mantienen homogéneamente firmes en todo el español mexicano; pero otros **le entran** con entusiasmo al polimorfismo. Los más entusiastas son, además de la /s/, la palatal central sonora /y/, la velar fricativa sorda /x/, la africada palatal /ʃ̺/ y lá vibrante simple /r/ en posición final absoluta.

Si con el limitado número de fonemas propios de la lengua española se podrían dar centenares de ejemplos de polimorfismo, imagínense cuántos millares de casos podrán darse con el elevado número de elementos morfológicos y, sobre todo, con las ilimitadas posibilidades de construcciones sintácticas. Estas últimas difícilmente pueden ser recogidas en un atlas; nosotros lo hemos hecho en el caso de la preposición **hasta** y en algún otro. Más cabida han tenido las variaciones morfológicas, aunque sea la morfología el sector relativamente más estable del idioma. Presento sólo un par de ejemplos, relativos a accidentes gramaticales o morfemas tan poco variables en el sistema como los de género y número. Corresponde el primero al mapa 481: ‘hembra del tigre’. Las respuestas fueron las siguientes: *la tigresa, la tigra, la tigre, tigre hembra, hembra tigre, la tigrillo, la tigrera y la tígara* (sin contar otras de dudosa aceptabilidad, como *leona* ⁹, *pantera* u *onza*).

Y lo más interesante no es sólo el hecho de este polimorfismo diatópico, sino el que en un mismo lugar cada informante haya proporcionado una respuesta diferente, como sucedió, por ejemplo, en el puerto de Veracruz, donde un infor-

9 No obstante que fue respuesta obtenida en 5 poblaciones diferentes.

mante respondió *la tigra*, otro *la tigresa* y el tercero *la tigre*, cosa que también sucedió en otras diversas localidades, como Ciudad del Carmen, Oaxaca, Tequila, etc.

En cuanto al género y número de *paraguas* (mapa 460), el polimorfismo consistió en las siguientes respuestas: *el paraguas* —de acuerdo con la norma hispánica general —, *el paragua* —de acuerdo, en cuanto al número, con la forma singular del artículo —, *la paraguas* —de acuerdo, en cuanto al género, con el femenino correspondiente a *agua* —, y *la paragua* —como suma de los dos factores —, aparte de dos variantes fonéticas (*el paragiie* y *el paragiies*) y de los cruces con la palabra *sombrilla*. También en este caso recogimos respuestas diferentes en boca de cada uno de los diversos informantes de una misma población, como sucedió, por ejemplo, en Juchitán (Oaxaca), donde un informante contestó *el paraguas*, otro *el paragua* y el otro *la paragua*¹⁰.

De haber nosotros entrevistado en cada localidad a un solo informante — por muy “ideal” que nos hubiera parecido —, según esa tradición en geografía lingüística, no habríamos podido detectar este polimorfismo dentro de un mismo dialecto.

Finalmente, un ejemplo de carácter lexicológico, sector de la lengua de naturaleza mucho más variable — y también más superficial —, donde el polimorfismo alcanza alturas vertiginosas. Tomo el primero de los mapas de esta clase incluido en el ALMex: el no. 614, dedicado al *colibrí*. Reunimos un total de 28 variantes en toda la geografía mexicana, correspondientes a 16 lexemas diferentes, entre los cuales no faltaban algunas denominaciones prehispánicas, como *huachichique* o *biulú*, en alternancia con las usuales en el español general: *chupaflor*; *chupamiel*, *chuparrosa*, *picaflor*; *chupamirto*, *chupazar*, *chupita*, etc., y con otros peculiares, tal vez, del español mexicano, como *viudito*, o *culón*. Y también en este caso, por supuesto, el polimorfismo se daba dentro de una misma población y aun en boca de un mismo informante, como sucedía, por ejemplo, en Cuernavaca, donde los tres informantes allí encuestados respondieron *colibrí*, pero además — todos ellos— *chuparrosa*, a la vez que el informante menos “culto” — académicamente— dijo también *picaflor* y *chupamirto*, respuesta esta última que proporcionó asimismo el informante de nivel cultural medio¹¹.

10 Registramos, asimismo, testimonios del polimorfismo individual, idiolectal, como sucedió en el caso de uno de los informantes de Teziutlán (Puebla), quien dijo **la paragua**, el **paraguas** y **la paraguas**.

11 No ha sido **colibrí** el concepto que mayor polimorfismo léxico —ni mucho menos— ha generado. Otros mapas de carácter lexicográfico han superado ampliamente la polimorfía de **colibrí**; así por ejemplo, el correspondiente a los nombres de la **luciérnaga**, donde hemos reunido 60 variantes; o el relativo a la campamocha (‘mantis religiosa’), en el cual acumulamos 70, o el de **renacuajo**, con 77 variantes, algunas de ellas —claro está— de uso muy restringido y local.

¿Qué implica este intenso polimorfismo mexicano que nuestro **Atlas** apenas deja entrever? ¿Qué factores —lingüísticos o históricos— pueden haber contribuido a formarlo? ¿Qué consideraciones de carácter social o cultural pueden deducirse de él? Nuestro **Atlas** de México —como cualquier otro atlas lingüístico— es sólo un rico acervo, un **thesaurus** idiomático de que pueden enriquecerse — filológicamente— todos los investigadores que sientan verdadero interés por **la lengua**, más que por la lingüística. Está ya —aunque sólo sea el primer volumen, por el momento— a disposición de todos. Abrigo la esperanza de que —¿muchos?¿pocos?— acudan a beber de él, y no sea su destino el de permanecer bien guardado en algún rincón de las bibliotecas de nuestras instituciones filológicas.